

SELECCIÓN DE TEXTOS

Lenguas del deseo

- 1) En Nínive las mujeres hablaban un idioma de miel. Cada cosa que se decía era una gota dulce que estallaba en la boca. Su sonido esparcía esquirlas, estalactitas de sacarosa y fructosa finísimas.

Agujas blancas, hilos largos enteros, sostenidos filos atravesaban la carne del tiempo y volvían al origen del recuerdo, al día del nacimiento, a la primera vez del universo.

- 2) En Cafarnaún los peces se ahogaban en el aire: saltaban del agua a la orilla, se volvían sensibles a la llama del silencio, se encendían, ardían como piras en la inmensidad sin ruido del universo.

- 3) En el idioma de Lesbos las mariposas se volvían taciturnas, opacas, indulgentes.

Las mujeres hablaban por todos los labios. Los labios de las mujeres eran la mayor riqueza de Lesbos. Valían más que el oro, más que las gemas, más que los ojos de los hombres sabios.

Los hombres sabios eran ciegos.

Las mujeres veían por los labios.

La felicidad era húmeda.

El tiempo eterno. El mar, insensato.

- 4) La sintaxis de Babilonia se volvió de hierro. Nadie podía pronunciar un verso. Los clavos se hundían en la lengua, en el paladar, en la luna del cielo de la boca llena.

Las mujeres decían “no”, pero sonreían.

Los hombres se volvían mudos, zafios y tercetos.

- 5) Las leyes de prosodia no existen en San Nunca.

Las letras no tienen sonido.

En San Nunca morir es simplemente cumplir una regla de ortografía.

En San Nunca los fantasmas tienen miedo. Las viudas de San Nunca pronuncian el nombre de sus maridos muertos con los dedos cruzados a la espalda y la mirada feble.

Los hombres resucitan un momento, se desperezan, se estiran, retornan al hoyo tibio, y mueren.

- 6) No hay adjetivos en el dialecto de la región de Abbar.

En los pueblos y villorrios de Abbar viven los sustantivos solos, solteros, solterones, viudos, individuales, quietos, *single*, sin luz, sin compañía, sin tiempo ni deseo.

En Abbar no hay causas, solo efectos.

- 7) *The conquered language tomorrow will be
the Empire language.*

There will be other conquered

there will be people

hating the new, barbaric, rough

language

and there will be people

who won't recognize their memories

and their hopes

in the old lost language.

For these people their

dreams will be

words said in a dead tongue.¹

1 El lenguaje conquistado mañana será / el lenguaje del Imperio. / Habrá otros conquistados / habrá gente / odiando el nuevo, bárbaro, áspero / lenguaje / y habrá gente / que no reconocerá su pasado / ni sus esperanzas / en el viejo

- 8) En la lengua de Sentir se come y se bebe desde el atardecer hasta el amanecer.

La palabra “manjar” es la más importante del idioma y puede alcanzar hasta diez declinaciones.

Sin embargo, no existe la palabra “gula”, no existe la palabra “hambre”, no existe la palabra “sed”, no existe la palabra “ahíto” o la expresión “ya es suficiente”.

Cada banquete que se ofrece es un oficio sacro, una celebración religiosa que nadie se atreve a interrumpir. Las vírgenes vestales tiemblan entre los racimos recién cortados de la planta original, pronuncian un himno dulce y secreto que se prolonga más allá del significado.

El sentido mismo es una mora, una fresa, un dátil, una duna de masa de almendras o una pierna dorada de ave, un pétalo de lechuga, un párpado de acelga quieta, un grano de sal o de pimienta, una minucia que da vida a los cereales, resucita las coles y hace cantar el aroma.

El sentido es solamente una plegaria.

Tallos de espárrago sostienen los palacios del lenguaje de Sentir.

Vigas de leche, tejas de miel, ladrillos de impudicia, puertas y marcos de azúcar impalpable, pilares de crema de cerdo, sonidos de fritanga y rumba, almenas de harina y estructuras dulces, metales fatigados de especias y música perenne.

Largos tangos de espuma, vales y polkas de materia blanca, aceitosas baladas de cocido, gotas de grasa etérea, lágrimas de silencio y luces ralas.

Pequeñas migas, granos de la verdad, voluntad de carne sobre el espíritu.

Majaderías, antojos, perlas impronunciables y húmedas.

En el lenguaje de Sentir nadie pelea por un bocado. Siempre sobra y lo que sobra se lo arrojan a los cerdos sin reticencia,

idioma perdido. // Para esa gente sus / sueños serán / palabras dichas en una lengua muerta.

con holgura y descuido. Hay más de cien vocablos diferentes para expresar matices del verbo “comer”.

Todo ocurre en la boca.

El sentido es sabor, y se disuelve.

- 9) Las preposiciones son putas, hetairas, perendecas, rameras, meretrices, zorras, busconas, lupas, polutas, pelanduscas, izas, rabizas y colipoterras.

Santas de altar.

Bestias beatas.

Pommes de terre.

- 10) Conjuguar un verbo es matar
a alguien

sin bala ni puñal
con una estrella.

La edad de piedra

Las mujeres son pensamientos de piedra, pensamientos lúcidos, firmes, sugerentes, pensamientos laxos que de pronto, a un golpe de mirada, tornan estatuas o endechas.

Mármol o pórfido, basalto o lava fresca, alba líquida, guijarros, cantos rodados.

Carne para la vista.

Quien palpa una piedra palpa la sombra de una mujer ensimisada, los glúteos, los senos de silicio, los altos hemisferios, la esfera del mundo a tientas, en silencio.

La piedra del silencio, con su boca redonda y sus vocales muertas.

La piedra del sonido, tres consonantes y dos vocales lentas.

La piedra de los perros, con su ladrido igual a una certeza.

La certeza partida de la piedra.

El ladrido de la piedra.

“A educação pela pedra”, de João Cabral de Melo Neto.

La piedra como instrumento, la piedra total y la cien veces piedra. La piedra de amolar, el perfume de piedra. La ocasión, en suma, que forma el crepúsculo, y sobre el vidrio quebrado del crepúsculo, yacente, la piedra.

La sustancial, la ilusa. La que carece de materia. La que no exhibe vicios ni virtudes. La que es un alma hueca y sin embargo se mueve. La poca piedra. La mucha piedra. La piedra media.

La maravilla hecha piedra. El hacha, las puntas de flecha. La macana, el ruseñor y el mortero donde se muele el maíz de la conciencia.

Las piezas del maxilar inferior de un ser humano muerto.

Las osamentas desenterradas.

* * *

“Tú eres Pedro y sobre ti edificaré mi Iglesia”.

La piedra de Juan. La de María.

* * *

Antes, las niñas jugaban a los cantillos, a la payana.

Piedras negras y blancas en la mano. Las niñas daban vuelta la mano, de súbito, y las piedras que hace un momento estaban en la palma quedaban en el dorso infantil, en equilibrio inestable, lánguidas, exactas.

Piedras matutinas, piedras de la noche, piedras desiertas, piedras del sur y del norte, piedras suicidas, piedras parecidas a tortugas, a ratas, a panteras, a recuerdos verdes como sapos.

Piedras con forma de corazón. Piedras agrestes, transparentes, sin color ni edad ni nada que se le parezca.

El mar viene y va, lleva las piedras, las gasta, las trabaja, las hunde, las rescata, las muele.

Las conduce a la orilla y las sumerge de nuevo.

El mar viene y va, traga y devuelve.

Las acaricia. Las besa.

El mar es el deseo de las piedras.

Meditación acerca de la naranja

Cabe en la mano.

No es su peso módico lo que asombra, ni su condición esférica que comparte con muchos otros seres del universo (planetas y lunas, gotas de angustia en el pensamiento) lo que primero convoca la atención.

Es cierto que la mirada se detiene siempre en ese color tan cierto, tan definido, tan bello, en ocasiones más vivo debido a colorantes artificiales y conservantes potencialmente cancerígenos, tóxicos, lo que reduce aquella tan saludable costumbre de las abuelas de dejar secar las cáscaras en tiras, en un lugar apropiado de la cocina, para emplearlas después en una infusión o agregar segmentos a la yerba del mate.

Esa sana costumbre de otrora es incierta, insegura hoy.

Uno de los aspectos más significativos de la naranja es su piel, su piel que imita a la perfección la piel humana, sus poros, su incipiente celulitis, su hermosura al tacto, la calidez del color que ven los ciegos al tocarla.

Bien haríamos los videntes, quienes aún poseemos la maravilla y el horror de la vista, en cerrar los ojos para acercarnos con las yemas de los dedos al alma superior de la naranja, que reside en su piel.

Busquen una naranja (esta es una buena época para encontrar los mejores especímenes de esta fruta viva).

Cierren los ojos.

Acaricien.

Tienen un ser vivo en sus manos.

Sostienen un secreto que proviene del Jardín de las Hespérides.

Vibra sutilmente su piel, y debajo de la piel los gajos, y dentro de los gajos el jugo, y disuelto en el jugo un pensamiento bueno, un deseo como de vivir, de gozar, de estar despierto.

Sigan tocando: ¿sienten en el interior la presencia extraordinaria, apretada, de las semillas?

Una constelación de naves marinas, de embarcaciones diminutas, repletas sus bodegas de mensajes, embarcaciones que están diseñadas para navegar lo profundo de la tierra, el humus, hasta germinar y, con suerte, convertirse en brote, en tallo, en árbol y, al fin, multiplicar esas tetas redondas que caben en la mano y cuyo jugo, en el futuro, renovará el misterio de otros, las ganas de vivir, el goce de sentir sed.

Una piedra de sal

Sobre la mesada, sobre el mármol veteado de la cocina un témpano absoluto, una joya, un diamante se disuelve.

“El ciego sol se estrella/ en las duras aristas de las armas”, dice Manuel Machado en un poema exacto sobre *El Cid*. (Manuel es el hermano de Antonio, o Antonio es el hermano de Manuel, como bromeaba Borges).

Pues el ciego sol se estrella en esta piedra de cristal de cloruro de sodio y alegría, en este témpano donde el halógeno y el alcalino matrimonian, maridan, se enlazan “para siempre” hasta que los separa una gota, una sola gota de agua, una tormenta, un diluvio o un litro, da lo mismo.

“Para siempre”, en ocasiones, dura poco.

Quien divorcia al cloruro de sodio es la humedad ambiente, las soluciones acuosas, el viento de la envidia, los humores de la carne cortada, la savia de los pétalos de lechuga, las lenguas decididas de la espinaca, las inmensas plumas de las acelgas aladas sumergidas en la olla.

La linfa de la calabaza, el pensar humano en la preparación del caldo, el significado de la sopa, la entropía del guisado, el entrevero de esmeraldas comestibles o arvejas vespertinas, la albúmina nívea y los secretos amarillos encerrados en la yema, en la gema del huevo

de gallina, hacen que el grano de sal, como entidad o ser individual, unívoco, desaparezca.

En su lugar queda solamente el sabor, el eco transparente, una sola nota del manjar del pentagrama, la música que se escucha con la lengua.

La luz, al atravesar la piedra de sal, se abre, los flecos de la luz forman el espectro visible y el invisible.

En la parte invisible están las palabras.

En las palabras, el alimento del poema.

El poema tiene gusto a mar, a lágrima, a sudor sagrado.